



una vez más, como le perdonasteis en el Vaticano.

El Papa se inclinó y tuvo con él una distinción suprema. Se vió la mano que tiene poder para abrir el cielo, alzarse sobre el moribundo. La mirada del Papa parecía inspirada, se leía en ella un poder divino, una caridad sin límites, una esperanza sublime.

Poco después el carbonario rendía su alma en paz, murmurando el nombre de su madre y el nombre del Salvador Jesús, un recuerdo de la infancia religiosamente conservado, un encuentro providencial y una gracia insigne acababan de salvar al pecador.

Apartándose de la cama mortuoria el Papa vertió lágrimas de alegría y de ternura.

¡Conmovedor y atractivo cuadro de la debilidad del hombre, del precio de un alma y de la bondad de Dios!

## Emocionante conversión

Nuestro querido colega santanderino «Diario Montañés» refiere un nuevo prodigio acaecido en Limpias.

El protagonista del hecho es un músico ambulante, blasfemo empedernido, que no cesaba de suscitar cuestiones religiosas para jactarse de su incredulidad, y que sentía un furor satánico cuando veía alguna imagen. Especialmente la del Crucificado producía en él una feroz iconoclasta.

Estando en Santander proyectó dar un concierto en una villa muy próxima a Limpias; una vez en ella, a Limpias fué con propósitos que no deben revelarse por respeto a los lectores.

Eligió para entrar en el templo una hora en que él lo creyó casi desierto; y así era; en el interior rezaban cuatro o seis devotas, y a la puerta paseaba un caballero.

Lanzó una brutal interjección, y en actitud de reto miró al Cristo desde el centro de la iglesia. Imagínese la alarma de las devotas ante aquel exabrupto. Pero el incrédulo no se contentó con lo que había hecho y avanzando resuelto hacia la sagrada imagen, llegó al pie de la escalinata del presbiterio. Allí se detuvo de súbito y cayó al suelo con gran estrépito.

Avisado el caballero que paseaba por el atrio, entre él y el capellán del culto del Cristo, señor Lastra, se sacó del templo al individuo de referencia, que todavía estaba sin sentido.

Cuando volvió en sí explicó la causa de su repentino accidente.

—Quería—manifestó acongojado—avanzar hasta el camarín del Santo Cristo, cuya imagen se le ofreció con la cabeza inclinada. Al llegar, sin perderlo de vista, al pie de la escalinata, la cabeza de la imagen se levantó fijando en él sus ojos con una mirada que nunca acertaría a explicar, y que fué lo que le detuvo en aquel punto.

Aseguró que los labios de la imagen se movieron, pareciéndole que (él asegure que así fué), desprendido de la cruz se dirigía a él, momento que ya no pudo resistir, y que fué, sin duda, en el que cayó.

Añadió que tal agobio sentía en aquel momento, que quería desahogarlo con el sacerdote.

Y efectivamente así sucedió, escuchándole éste en contrita confesión.

A la mañana del siguiente día, comulgó fervorosísimo, tratando en vano de ocultar sus lágrimas.

Durante todo el tiempo que permaneció en Limpias no había posibilidad de hacerle abandonar el templo.

El converso abandonó Limpias, declarando que debía a esta visita un inefable estado de satisfacción, jamás conocido por él hasta entonces, proponiéndose firmemente conservarle con una conducta que borrara la desastrosa que anteriormente observó.

## LA RECONQUISTA ESPAÑOLA

(HIMNO)

*¡Salve tú, inmortal Covadonga!  
De mi Asturias preciado blasón;  
Tu epopeya te hizo gloriosa;  
Por tí, España, es libre nación.*

Allá en las agrestes montañas de Asturias,  
Huyendo aterradas del cruel invasor,  
Refugio buscaron hermanas regiones  
Y hallaron defensa, consuelo y amor.

Legiones guerreras avanzan ufanas  
Sembrando la muerte su paso triunfal;  
Ya están en Asturias falanges moriscas;  
Las dos religiones presto lucharán.

La fe de Pelayo en la humilde Santina,  
Que es Madre y es Reina de la astur región,  
Fué la salvaguardia contra el sarraceno;  
Ella, la Santina, tal victoria dió.

En torno a Pelayo se agrupan ansiosos  
Jóvenes y viejos, sin miedo a morir,  
Y el regio caudillo, tomando su espada,  
A aquellos valientes les aréngó así:

«A las armas, mis leales compañeros!...  
Pelemos por la Cruz, por nuestros fueros.

Esta España tan querida,  
Nuestra Patria, en desventura y dolorida  
Nos reclama; acudamos presurosos.  
Nuestras vidas entreguemos animosos,  
Si es preciso, por salvarla  
De quien quiere esclavizarla!»

«¡Guerra hagamos! ¡Guerra hagamos sin cuartell...  
¡Combatamos, combatamos al infiel!...  
A esa odiosa Media Luna,  
Que a traición ocupó su grey moruna,  
Solar patrio. La Cruz santa enarbolemos;  
¡Con arrojo y con bravura restauremos  
Aquí mismo, en la montaña,  
La abatida y triste España!»

Titánica lucha comienza en los valles:  
Flechas y arcabuces disparando están...  
Llenan las cañadas tropas agarenas  
Las altas montañas queriendo escalar.

Arriba en las cimas cubiertas de bosque  
Pelayo y su gente rechaza al infiel,  
Lanzando al abismo peñascos enormes  
Que llevan la muerte cebándose en él.

Furiosa tormenta las nubes desatan,  
El rayo fulmina siniestro su luz;  
Las aguas del Deva, con impetu fiero,  
Corren desbordadas cual sangriento alud.

Allí el sarraceno se vió aniquilado;  
El falso Profeta vencido quedó.  
¡Llor al invicto, al Infante Pelayo  
Que a España en Asturias feliz restauró!

*Moisés García Fernández-Vallín.*

## Boycotaje necesario

Por esas calles hay un desbordamiento escandaloso de pornografía. Los quioscos ostentan descaradamente toda la licencia grosera de sus periódicos y de sus folletos. En los escaparates, la insultante procacidad de las postales y

de las cubiertas de los libros se muestra a todas las miradas.

El diario anticlerical se ve en muchas manos, el periódico socialista es buscado por el obrero, el semanario de sucesos es saboreado con insana curiosidad por todos... En cada rincón de la calle, en los cafés, en las estaciones, en los comercios, la prensa mala va un día y otro destilando su ponzoña.

Ante esa invasión desenfrenada de la letra impresa ¿qué hacer?

La inmensidad del campo que hay que trabajar ¿paralizará los brazos a causa de su inmensidad misma?

Si cada cristiana trabaja en su esfera de acción, la labor no es difícil.

Y lo primero que la mujer cristiana tiene que hacer, es manifestar su disgusto, su desagrado, siempre que vea al enemigo. Y eso noblemente, sin sonrojarse, sin mostrarse agresiva tampoco.

Si cuatro o seis señoras de las que compran en un mismo comercio, hacen la más pequeña señal de desagrado al ver sobre el mostrador una revista poco decorosa, ¿no la quitará de allí el dueño del comercio? ¿No ha sido despedido a veces algún dependiente por haber servido mal a un parroquiano?

Y si el periódico malo se ve en manos de un inferior ¿no será fácil el hacerle ver el daño que de aquella lectura se le puede seguir?

¿Y qué mujer no habrá tenido ocasión alguna vez de rasgar una postal obscena, de quitar una suscripción a un periódico liberal, de aconsejar a un conocido que no anuncie en tal o cual diario impío?

¡Qué campo éste de los anuncios, y por ellos qué *boycotaje* se puede armar contra la mala prensa!

Es cosa sencilla el saber los comercios y casas que anuncian géneros y sus servicios en los malos periódicos. Pues bien: si toda mujer católica no comprase nada, absolutamente nada, en ellos, y tuviese la santa claridad de decir que no compraba por eso mismo, por anunciarse ellos en el periódico malo, entonces veríamos variar las cosas, entonces veríamos caer herido de muerte al enemigo, porque el golpe habría sido certero, habría ido a la caja de caudales, y la caja de la prensa la llenan más que nada los anuncios.

¿Y qué decir de esas esquelas, de esas esquelas de todos los tamaños, que resaltan a dos por tres en los diarios liberales y sectarios?... ¡Pobres almas colmadas de sufragios y de misas en todas las iglesias y conventos, obligadas a pedir una oración y un recuerdo entre el anuncio de la casa sospechosa y la sección de espectáculos y el ofrecimiento usurario de dinero y el específico vergonzoso! ¡Pobre cruz de la esquela apriada entre la gacetilla que se ríe del culto y la crónica que se burla de Dios!

A la prensa impía y desbocada, a la hipócrita y traicionera, a la que no es de Cristo, en una palabra, hay que restarle suscripciones y anuncios y lectores y dinero e influencia; para acorralarla y cortarles los vuelos, urge el usar de todos los medios que el celo cristiano nos dicte.

LE BRUN.

Como apéndice al contundente artículo que «Religión y Patria» publicó el 1.º de Septiembre, titulado «La carestía de la vida», y para que se vea más claro dónde radica el mal, le envío el siguiente que publican los periódicos amantes de la verdad.

Un suscriptor.

## ¡AH, SI TRIUNFA!

Que el mundo todo hubiera de sufrir las consecuencias de la guerra, puesto que todo él de un modo o de otro participó en ella, o dando sus hombres o prestando sus materiales, es evidente.

Que el desequilibrio económico y al alza general de precios habrían de subsistir por algún tiempo, es innegable.

Que en estos efectos gran parte de culpa corresponde al acaparador y exportador sin conciencia, es notorio.

Pero la causa principal de que estos daños se hagan más generales, mas intensos y persistentes, es exclusivamente el socialismo.

He aquí los tres puntos principales en que ha concretado hoy su programa, según las declaraciones del partido francés y del Congreso de Amsterdam:

1.º «No debe vacilarse en encarecer todavía más el costo de los artículos de primera necesidad, para que así aparezca imposible la vida en el estado social presente.»

2.º «No se trata de conseguir aumento de salarios precisamente, sino de producir la revolución.»

3.º «Los trabajadores deben precipitar la desorganización del país y disminuir la producción por todos los medios.»

A esto responden las huelgas y movimientos que con, o sin pretexto, suscitan a todas horas provocando a la revolución y en ella, triunfe o no triunfe el socialismo, te achicharrarán las carnes en la calle.

Y si triunfa, ¡ah, si triunfa el socialismo, alégrate, pueblo!, entonces, como en Rusia, trabajarás doce o catorce horas vigilado por las tropas; irás al frente de batalla y se te fusilará inmediatamente a la menor protesta; te darán de comer una ración escasa y podrida, mientras lo abundante y sano se reserva para los directores del Comunismo; entonces... pueblo... disfrutarás la tiranía más infame y cruel que registran los siglos.

## PLATICAS SOCIALES

### XI.

Tres días lleváis en fiestas con motivo de la inauguración de vuestra gran «Biblioteca Popular». Para recoger impresiones y saber qué opinaban de vuestro *esfuerzo cultural* distinguidas personalidades de la ciudad, invitasteis a que os dirigiesen la palabra en estos para vosotros memorables días a un señor catedrático, a un eminente literato y hasta a un conocido político. Todos tres os *regalaron admirablemente los oídos*, con sus elocuentísimos párrafos, con sus frases de elogio, con sus ardorosas excitaciones a seguir el camino emprendido en bien de la cultura, del progreso y de la ciencia....

Pude enterarme, señores, que estos tres conferenciantes invitados, os hablaron sin saber más de vuestra Biblioteca que constaba de 1265 libros y esto es poco saber. ¿Qué clase de libros? He ahí lo importan-

te del asunto. Lamento la ligereza, señores ateneístas, a fuer de católico y de patriota. Está siendo frecuente el caso, no se si porque se os teme o porque se pretenda utilizaros para un fin egoísta, político o social, de que muchos de los llamados, por su cargo y saber, a encauzaros por el camino del bien, os aplauden cuanto haceis, bueno y malo y favorecen todas vuestras instituciones. De este modo creéis vosotros ir con rumbo seguro a la consecución de un ideal noble y os encontráis ¡cuántas veces! con un desengaño terrible, irreparable.

La amistad que particularmente me une con bastantes de vosotros me ha dado facilidades de visitar con despacio esta Biblioteca Popular y en ella he visto mucho bueno y bastante malo. Con sorpresa he sabido también que bondadosísimas personas, accediendo a vuestra invitación, donaron para la Biblioteca libros poco y nada recomendables, con otros casi místicos... ¡Qué mezcolanza es esta? Estas bondadosísimas personas ¿no comprenderán la importancia de una buena o mala lectura?... No se qué pensar de tales gentes, que atienden a la cantidad y no a la calidad. ¿Es para ellas de más valor decir: *dió tantos libros que decir, dió tal libro?*...

No pretendo de vosotros actos tan hermosos como el de los cristianos de Efeso que en cuanto oyeron a San Pablo el mal que los libros irreligiosos producen, se apresuraron a quemarlos, juzgando mejor que semejantes libros cayeran en el fuego que no sus almas en el infierno.

Pero sí creo que algo procuraréis en el saneamiento de esta Biblioteca, meditando un poco sobre las consideraciones que voy a permitirme haceros.

¿Cuál sería vuestro proceder si os dijeran que en esta mesa de libros y periódicos habían colocado muchos venenos al alcance de manos inexpertas y para más engaño disfrazados con títulos de salud? Retirarlos al punto, ¿verdad? Eso sería lo racional, lo urgente.

¿Qué haríais si supierais que en vuestra Sociedad se habían introducido hombres criminales que, con capa de amigos, pretendían sorprenderos y daros muerte? Averiguar por todos los medios quiénes eran los tales malvados, traidores, y una vez descubiertos, expulsarlos del local si no entregarlos a la autoridad competente. ¡Muy bien hecho! La defensa es lícita.

Pues bien, señores, en vuestra Biblioteca hay venenos peligrosísimos, activos, hay amigos traidores, que os acechan, que quieren perderos irremisiblemente. No podeis negarlo: un mal libro bien sea de falsas doctrinas o de malos ejemplos, es peor que un veneno, mil veces peor que un mal amigo, que un mal maestro. A la sordina va minando el corazón, extraviando la inteligencia, familiarizando con la corrupción, estimulando bajos apetitos y pasiones, disculpando los excesos y aun justificándolos. Ya lo decía un famoso guerrero, Napoleón «que era incapaz de gobernar una sociedad que leyera a Voltaire y Rousseau, dos impíos escritores».

Un mal libro estuvo a punto de perder a Santa Teresa en su juventud, ella mismo lo confiesa. La primer obra literaria del famoso Prudhon fué un notable trabajo

sobre la *santificación del domingo*, trabajo que fué premiado por la academia de Bezanson. Y, no obstante, Prudhon llegó a ser el hombre más impío ¿por qué? el mismo lo dice: mis extravíos comenzaron por la lectura de libros irreligiosos con apariencia de inofensivos.

En este mismo barrio he conocido yo un joven tan aficionado a las lecturas irreligiosas y novelas libres que acabó por suicidarse. Recordad el caso del anarquista Vaillant, de él dijo su abogado: «Se han contado los clavos que encerraba la bomba, pero no las plumas que han contribuido a construirla.»

El 25 de Abril de 1796 una joven se arrojó desde el Puente Real al Sena. Al recoger su cadáver se le encontró en el bolsillo de la falda una novela. Examinada esta, en una página se pudieron leer las siguientes palabras escritas al margen por la joven: «He sido traicionada como ella, como ella debo morir».

Si pues la influencia de los malos libros es tan mortal ¿a qué poseerlos? ¿Por qué no destruirlos? ¿Queremos el mal de nuestros prójimos o su bien? ¿Su falsa o su verdadera educación e instrucción? ¿Qué beneficios puede reportar un mal libro? ¿Beneficios?

Los lectores de escritos impíos e irreligiosos pierden la fe y la piedad, los de libros impuros se convierten en monstruos de libertinaje. Los mismos autores de tales libros así lo reconocen y pregonan en momentos de sinceridad. Recordaré algunos: Rousseau puso por epígrafe a su Nueva Eloisa: «La mujer que lea este libro es una mujer perdida». El mismo, escribiendo a cierta señora que le dió amargas quejas por los efectos desastrosos que en su hija produjo el *Emilio* del filósofo ginebrino, le decía: «Al publicar mi libro nunca creí que habría una persona tan irreflexiva que fuera a seguir sus doctrinas». El célebre Dumas no permitía que los suyos leyesen ni presenciasen ninguna de sus obras y comedias por inmorales. Voltaire, solía decir: no escribamos para ilustrar a las masas sino para domarlas a nuestros caprichos.

El famoso impío Diderot no dejaba a su hija leer ninguno de sus escritos, pero en cambio, cuando no era observado de los suyos, se encargaba de enseñarla personalmente ¡el Catecismo de la Doctrina Cristiana! y es porque todos estos escritores sectarios y pornográficos, piensan de sus obras como el antes mencionado Rousseau: «No puedo mirar uno solo de mis libros sin extremecerme: en lugar de instruir corrompo, en lugar de alimentar enveneno; pero la pasión me extravía y, con todos mis hermosos discursos no soy más que un infame». Como que leyendo a Rousseau dan ganas de andar a cuatro patas, según expresión del mismo Voltaire.

¿Es que sólo a los extravíos de la pasión estaban supeditados estos... señores? A algo más, al más bajo y repugnante mercantilismo: vaya algún recuerdo en prueba de este aserto. Eugenio Sué, escribió su calumniosa e infame novela «El Judío Errante» porque los judíos se la pagaron con exceso. El apóstata Renan se propuso escribir la «Vida de Jesús» basándose en los Evangelios, pero los judíos le entregaron 4.000.000 de francos y ante

